

La prosperidad constante nos vuelve orgullosos y nos hace egoístas. La prosperidad destruye ó debilita la simpatía. ¿Qué es lo que constituye la simpatía? Sufrir, ó al ménos sentir y padecer con el prójimo y como el prójimo. Es difícil juzgar de lo que no se ha experimentado; y si la inteligencia basta para darnos ciertas nociones, por cierto que estas nociones no son las de los ajenos dolores, tan variados, tan particulares, tan íntimos. Un hombre que habitualmente es dichoso, que no ha experimentado la aflicción, es, en cierto modo, ciego ó sordo; las miserias que gimen á su alrededor le son completamente extrañas. Tampoco es raro oír á estos seres, hablando de los dones temporales: « ¡No comprendo cómo estos llorones no están contentos jamás! — ¡Debe uno acomodarse á su posición! » Y otras palabras ineptas, que indican una ruina completa de la simpatía. Tratan á uno de cobarde, ellos que jamás han combatido; á este otro de holgazán, ellos que jamás han trabajado: nunca han amado, y se burlan agradablemente de la sensibilidad. Son monstruos: ¡ojalá la aflicción los convierta en hombres!

Tal vez me direis, que me complazco en presentaros un tipo odioso... Amigos míos, podéis, si os gusta, desechar el retrato; pero encontrareis á cada paso el original. Os confieso que yo únicamente he pintado la excepción; no es ménos cierto, empero, que todos los días encontráis en el mundo hombres, mas ó ménos gastados por la prosperidad, y que se muestran mas ó ménos insensibles á los sufrimientos de otro.

Todavía hay, pues, para contribuir á este egoísmo, la complacencia en la felicidad, en la quietud, y el temor de salir de su regla, de verse obligado á compadecerse. Algunos hay que consienten en obligar á que se les tenga caridad, pero ellos jamás la tienen; tal vez en sueños les turbaría la memoria de aquel enfermo, de aquel pobre, de aquel loco....

Y de este modo acaba de extinguirse en ellos la sensibilidad, que aun había quedado por fortuna: ésta muere por falta de ejercicio.

En fin, á los vicios del orgullo y del egoísmo, de la prosperidad completa, que, según el mundo, comprende la riqueza, y por consiguiente el poder, añádense todavía los vicios particulares de la sensualidad. La facilidad de los placeres acarrea prontamente el abuso, y las adulaciones de que el dichoso del siglo se halla rodeado, tuercen su conciencia y dejan el campo libre á sus pasiones, que no tienen correctivo.

Ved pues las tres inseparables compañeras de la prosperidad. Si

no están instaladas con ella en la casa del pretendido feliz, ellas están siempre á la puerta, vigilantes, obstinadas, artificiosas como el tentador.

2. ¿Quién libertará esas almas? La aflicción, la cruz, que ya nos ha hecho asequible el cielo. *Beati qui lugent*: Bienaventurados los que lloran.

Si, hermanos míos; los contratiempos, las ingratitudes, las enfermedades curan al feliz del siglo, purifican, como os he dicho, cambiando las disposiciones de su alma. Ha considerado como cosas que se le debían los dones temporales. Al perder estos dones, recuerda su propia nada, porque Dios le dijo al herirle: « Si tú hubieras poseído todas estas cosas por tu propio hecho, las conservarías por tu solo deseo. Yo soy quien te he elevado, yo soy quien te humillo. » El orgullo está, si no destruido, al ménos duramente atacado.

« Sufrirás en adelante, y comprenderás el sufrimiento; serás desdeñado á fin de que te arrepientas de tus desdenes; carecerás de socorros á fin de que te arrepientas de tu dureza.... » Así es atacado el egoísmo. « Los placeres vergonzosos, que te hacían fáciles tus seducciones, estos placeres huirán con tu belleza, tu riqueza, tu poder, tu alegría. El golpe con que te he herido impedirá que cometas nuevas faltas. Pero la misericordia del castigo se extiende mas allá: extinguiré en el interior de tu alma, hasta el deseo intemperante, rompiendo violentamente la costumbre, llevando tus pensamientos hácia tus miserias, hácia la lucha, hácia la necesidad del trabajo. » Ved, pues, un freno á la sensualidad.

Pero estos, hermanos míos, no son sino los primeros efectos, los primeros resultados de la aflicción: otros vendrán en pos de ellos. ¿Cuáles? Helos aquí: un sentimiento general de su propia insuficiencia, la humildad; el sentimiento por los sufrimientos de otro, la caridad; el disgusto de la sensualidad por su comparación con la calma y la dignidad recobradas en la temperancia, la castidad. Estos son los preciosos dones de Dios que nos proporciona la aflicción: yo espero estos dones productivos para el cielo: la humildad, la caridad, la castidad; tal es la vida del divino precursor, tal es la vida de su santísima Madre, tal es la vida de Jesucristo. La cruz puesta por Dios sobre las espaldas del hombre, es la que hace germinar de este modo en su pecho las virtudes enseñadas y practicadas por el divino modelo: *Omnes qui pie volunt vivent in Christo-Jesu, persecutionem patientur.*

Este asunto, hermanos míos, es inagotable, y el tiempo me precisa. Justicia de las aflicciones, utilidad de las aflicciones, felicidad hasta de las aflicciones y desgracias de los goces mundanos, son otras

tantas verdades que se subsiguen á nuestro texto. No terminaré sin haberos hecho notar, que si las disposiciones del alma son cambiadas y mejoradas por el hecho, por *el hecho* de las aflicciones, lo son tambien mucho mas profundamente, y por tanto con mas eficacia, por la *aceptacion*; esto es lo que me hace decir, que las aflicciones son una felicidad.

¡Comprendeis, hermanos míos, ser dichoso el que sufre! No pertenece sino á la religion cristiana el aceptar el hombre de fe y de esperanza, lo que rechaza el hombre de carne. Y ¿por qué esta dicha, por qué esta aceptacion? Porque Dios, que ha querido sufrir por nosotros, ha santificado, divinizado el sufrimiento; aceptando la afliccion, somos imitadores de Dios; y nada hay tan grande sobre la tierra como el justo oprimido. Pero hay todavía otra razon. Muchos de nuestros sufrimientos morales para nosotros, cristianos, son debidos á la contradiccion que hay del sarcasmo á la persecucion sangrienta, de la lucha contra los perjuros del mundo, á la lucha contra la violencia armada, de la discusion con los bellos y débiles espíritus, al testimonio ante la espada, de la humillacion al martirio. Sufrimos, pues, mucho y muchas veces por nuestra fe, por Jesucristo; sufrimos por amor, y no hay felicidad mas grande para un alma generosa, que sufrir por el objeto amado, que sacrificarse por él.

¡Ved despues, hermanos míos, la coronacion! Somos muy débiles para que Dios nos haya exigido el amor sin satisfaccion, el trabajo sin recompensa, la afliccion sin compensacion. Fuera de la tierra, pues, en el cielo será donde se regocijará vuestro corazon; *Et gaudebit cor vestrum.*

Nosotros, hijos de la ley nueva, no pediremos con el Profeta: *Quare via peccatorum prosperatur, et benè est omnibus qui iniquè agunt?* ¿Por qué la prosperidad de los malvados? ¿Por qué? Porque la prosperidad es un peligro, una tentacion; porque el malvado no es imitador de Dios, que ha llevado su cruz; porque es desgraciado aquel que recibe aquí bajo la débil recompensa que ha podido merecer; porque la felicidad aparente es siempre real; porque la felicidad suprema de aquí bajo consiste en una buena conciencia que incessantemente nos diga: «Tú sigues las huellas del Señor, tú imitas á tu Salvador, y como él serás coronado en los cielos. Es la gracia que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La Escritura nos enseña, que las aflicciones que Dios nos envia son un favor, una gracia, un señal de amor, porque 1.º por ellas Dios nos instruye: 2.º por ellas nos prueba.

I. El fin que Dios se propone, cuando permite que seamos afligidos, es instruirnos acerca de nuestras obligaciones. Así como hay una instruccion de palabra, de predicacion y de doctrina, hay tambien una instruccion de prueba. Por esto en la Escritura, á la afliccion se le da el nombre de *instruccion* y de *disciplina*. La prosperidad mundana nos ciega, y esta ceguedad no se cura sino como la de Tobias con hiel y amargura; quiero decir, por medio de la tribulacion.

Tres cosas, segun san Bernardo, corrigen al pecador: la vergüenza, el temor y la afliccion. El pudor ó la vergüenza nos representa el horror de nuestras faltas pasadas; pero este medio solo será bastante para las almas nobles y generosas; pues tal es el desarreglo y desórden de los hombres, que casi no causa vergüenza alguna el pecar.

El temor disminuye la codicia y concupiscencia por la viva aprension de las penas eternas; pero este temor se desvanece pronto, y se pierde en las profundidades de una esperanza oscura y sombría, porque el pecador se persuade, que antes de la muerte podrá hacer penitencia.

La afliccion es mas eficaz: abate y humilla el espíritu, y combate en nuestro corazon y en nuestros sentidos nuestras mas naturales inclinaciones, y nos da á conocer cuan justo es Dios. Cualquiera que resiste y se hace insensible á los castigos que Dios le envia para convertirle, mucho me temo que su espíritu esté envuelto en impenetrables tinieblas; tiemblo, y no me atrevo á decir, que desespero de su salvacion.

II. Dios, por la afliccion, conoce los que le aman. Nada descubre tanto los verdaderos amigos como la adversidad. Puede ser amar á Dios en los bienes que nos hace ó en los males que nos envia; pero sujetarse con sumision á las órdenes, que repugnan á nuestras inclinaciones y á nuestro gusto, no puede ser efecto sino de una *caridad que todo lo sufre, todo lo espera y todo lo vence.* CORINT. XIII, 7. Es difícil juzgar, si amamos á Dios con la pureza y con el desinterés ne-

cesario cuando todo nos sucede bien; pero alabar á Dios en la adversidad, serle fiel cuando nos aflige, es la prueba mas cierta de una constante fidelidad.

La afliccion no solamente nos prueba para con Dios; nos pone tambien á prueba para con nosotros mismos, dándonos á conocer nuestros defectos. El hombre retiene en el fondo de su corazon un instinto secreto de su primitiva nobleza, que le mantiene en su orgullo, y, ademas, siente en sí mismo los efectos de una corrupcion, que le arrojan en el abatimiento. Dios, por medio de la afliccion, nos saca de estos dos estados tan peligrosos: nos da á conocer nuestra flaqueza y nos humilla; nos hace sentir el poder de su gracia y nos consuela.

II.

Nacer, padecer, morir; hé aquí la vida del hombre. Nosotros buscamos la felicidad en los placeres, y Jesucristo, por el contrario, llama dichosos á los que padecen, á los que lloran. Aprovechémonos pues de las aflicciones, aprendamos á santificarlas. A este fin os demostraré: 1.º, cuales son los designios de Dios en las aflicciones; 2.º, como hemos de aceptarlas.

I. ¿Cuáles son los designios de Dios al enviarnos aflicciones? Mostrarse dueño absoluto del hombre, su padre y su juez.

El hombre, en la prosperidad, se olvida de Dios: *Non est Deus in conspectu ejus*. SAL. x, 5. En la afliccion reconoce el dominio del Criador. Jonás, que á la sombra de una yedra recibia grandisimo placer, es una figura del hombre en la prosperidad. El profeta no acataba las disposiciones de Dios, y el Señor envió un gusanillo que royese la raiz de la yedra, la cual se secó. Entonces entró en sí Jonás, y conformóse con la voluntad de Dios. Lo propio hace Dios con el pecador; le envia la afliccion, el gusanillo que corroe su prosperidad; y entonces se humilla, piensa en Dios y reconoce su dominio.

La adversidad es la escuela en que el hombre aprende que virtudes ha de practicar. *Beati qui lugent*. MATTH. v, 5. Las aflicciones nos excitan á practicar la virtud, y por lo mismo, Dios, al enviarnoslas, muéstrase Padre bondadoso, que desea nuestra perfeccion para poder hacernos participantes de su felicidad.

El pecador, en la prosperidad, va diciendo: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* ECCLES. v, 4. Dios, para obligarle á abandonar sus desórdenes, le dispensa gracias ordinarias, y luego empuña la vara de su justicia; y por medio de las aflicciones le conduce al arrepentimiento.

II. ¿Cómo debe portarse el hombre en la afliccion? Debe aceptarla por amor á la justicia, con resignacion y con gozo.

Bienaventurados, dice Jesucristo, *los que padecen por la justicia*. ¿Qué mérito tendrian nuestras aflicciones, si no las aceptásemos como venidas de Dios? El Señor nos las envia para purificarnos ó perfeccionarnos; aceptémoslas, pues, por amor á la justicia, ó á la perfeccion.

No se haga mi voluntad sino la tuya, decia Jesucristo en el huerto de Getsemani; y lo mismo debemos decir nosotros en las aflicciones. Por lo mismo que nos vienen de Dios, que nos las envia para nuestra felicidad, hemos de aceptarlas con resignacion.

Aun mas: hemos de aceptarlas con gozo. *No os pongais caritristes como los hipócritas*, dice Jesucristo. La paz y el gozo en las aflicciones son á la vez una prueba de una virtud sólida, y el mas hermoso triunfo de la religion. Son una prueba de una virtud sólida, porque, como dice el Espíritu Santo, el hombre que no ha sido probado por la afliccion, nada sabe. Solo despues de haber probado á Abraham, le dijo el Señor: *Ahora conozco que temes á Dios*. GEN. xii, 12.

Son tambien el mas hermoso triunfo de la religion. El cristiano, que recibe con gozo las aflicciones, es como el cedro del Líbano, que los vientos y las tempestades no abaten. El gozo de los mártires en medio de los mas terribles tormentos, fué un espectáculo que llenó de asombro á los Césares, confundió á los filósofos, y convirtió á innumerables paganos.

Véase: ADVERSIDAD.—PENALIDADES.